

Monasterio de Oseira

Jueves 2 de mayo



Llegamos a media tarde al tercer destino de nuestro itinerario de hoy, el impresionante monasterio de Santa María de Oseira, a 70 km de Sobrado, ya en la provincia de Orense.

La explicación que adjuntamos es muy amplia, pero ha parecido conveniente mantenerla por ser muy completa y de gran interés histórico y religioso. Un conjunto de edificios que con sus 43 hectáreas ocupan más espacio que el Monasterio de El Escorial. Actualmente viven 12 monjes del Cister. Que el Señor les dé vocaciones para seguir manteniendo este gran monasterio, y no deje de ser foco de espiritualidad para toda la región.

Origen

Según el nuevo nomenclátor toponímico de Galicia, el nombre español de Osera, al pasar al idioma gallego es Oseira, derivación de Ursus latino, equivalente a oso, alusión al lugar abrupto donde se halla enclavado el monasterio, en una concavidad de la sierra Martiñá, en la margen derecha del río del mismo nombre. Se halla situado

en la provincia de Orense, a 34 kms, de distancia, ayuntamiento de Cea, muy próximo al sitio donde se junta esta provincia con las de Pontevedra y Lugo.

Comenzó su andadura histórica el año 1137, cuando un pequeño núcleo de monjes se retiró a la soledad para vivir la experiencia de Dios, integrándose en la orden del Cister en 1141, bajo la dependencia de Claraval. En un principio comenzaron con edificios muy modestos que fueron ampliándose a medida que fue desplegando el potencial económico de la casa, merced a las continuas donaciones que se les hizo, y a las compras efectuadas por los propios monjes.

El templo monástico, construido en las últimas décadas del s.XII y en las primeras del XIII, de amplias proporciones, está concebido para una comunidad respetable, lo que delata un número considerable de monjes, ya que es de las mayores iglesias de la orden en España. La comunidad mostró a su vez una vitalidad espiritual pujante desde el primer momento, debido al hecho de haber convivido en Oseira san Famiano, peregrino

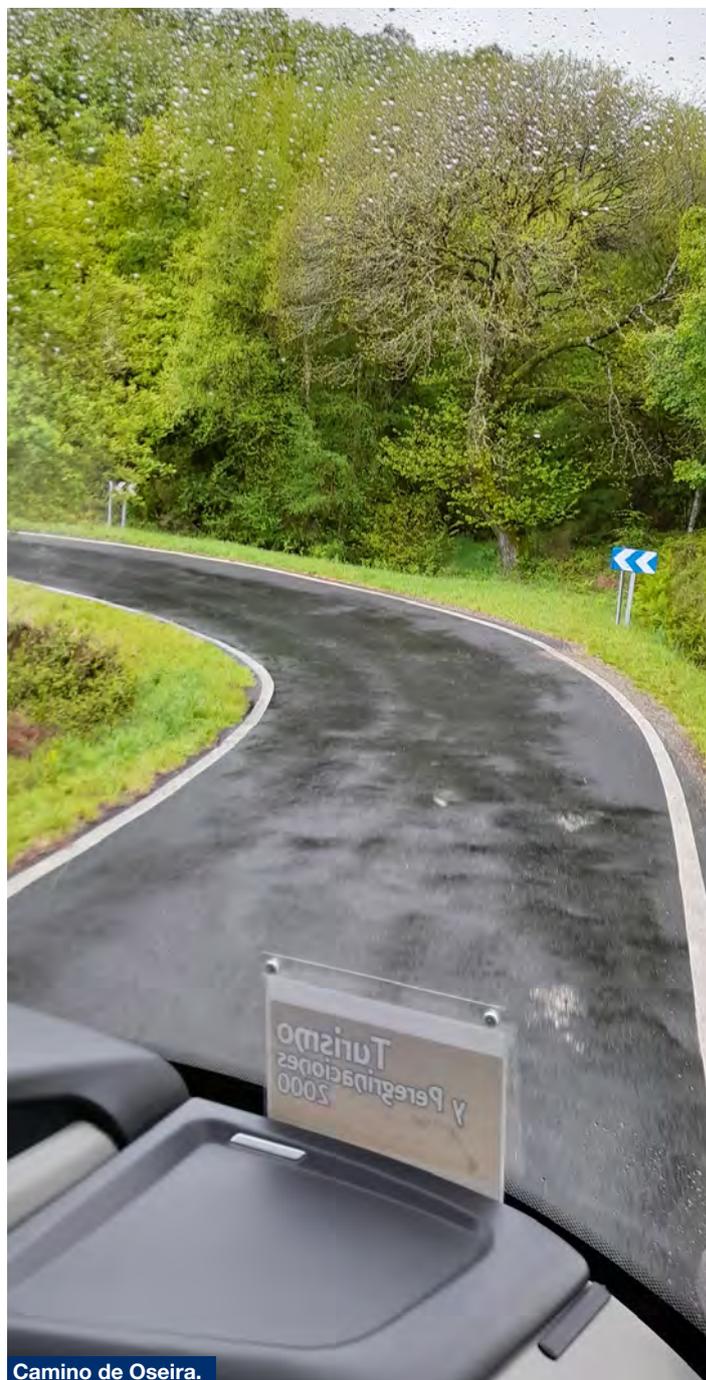
alemán que en 1142 abrazó la vida monástica, falleciendo santamente en 1150 en Galesse (Italia), de cuya ciudad es patrono. Su cuerpo se halla incorrupto en la basílica que tiene dedicada en dicha ciudad.

Entre las posesiones más antiguas y lucrativas que tuvo Oseira, podemos mencionar la villa y puerto de Marín, donde ejerció una justicia social admirable, promoviendo la pesca entre sus colonos y defendiendo la entrada de la ría de Pontevedra por medio de un fuerte. La flota pesquera que allí tenía organizada, surtía de pescado a la comarca y a los propios monjes.

Esplendor y decadencia

Hubo grandes abades, como dom Lorenzo (1205-1223), ascendido a la sede de Claraval, único español merecedor de tal honor; dom Fernando Pérez (1223-1232), antiguo deán de Santiago y Canciller mayor del reino; don Fernando Yáñez, de gran relieve histórico por haber sido elegido para dar vida a la abadía de Alcobaça, en Portugal, con ocasión de haber sido martirizados sus monjes por los árabes en 1195; volvió a Oseira, siendo elegido abad (1232-1240); dom Suero de Oca(1485-1512, personaje distinguido de la nobleza, pero perseguido por la desgracia, pues estuvo dos veces casado, y al perder la segunda esposa, se decidió a dar un giro radical a su vida, se hizo monje de Oseira, llegó a ser excelente abad del monasterio, habiendo desplegado gran celo en recuperar los bienes de la casa, mal aforados por sus antecesores. Ostentó además entre otros títulos el de arzobispo de Tarso.

Oseira atravesó por un período crucial en el s.XV, época difícil en la historia de la Iglesia, a la que sucedió otra peor en 1513, con la llegada de los abades comendatarios, personas extrañas a la abadía que la llevaron al borde de la desaparición. Menos mal que duró poco tiempo, porque de lo contrario, hubiera desaparecido el monasterio como tantos otros. A todo puso fin en 1545 la Congregación de Castilla, tan mal enjuiciada hoy por algunos historiadores que la desconocen. Es pena que se vengán copiando sin más tópicos ligeros sin fundamento alguno. Si Oseira hubiera



Camino de Oseira.

estado oprimida por el «centralismo» castellano - como escribe hoy algún indocumentado-, es seguro que nunca podríamos contemplar una grandiosidad arquitectónica tan colosal como la que presenta, y precisamente todo se construyó en la época de la Congregación de Castilla, a excepción del templo y sala capitular.

En 1552 sufrió el monasterio un incendio horroroso, que redujo a cenizas todos los edificios, fuera del templo. Eran unas circunstancias críticas en que se planeaba en Valladolid una nueva casa, y como ninguna abadía se comprometía a enviar monjes, creyeron muchos que era buena ocasión trasladar la comunidad de Oseira a ocupar la

nueva casa proyectada, dejando en el monasterio sólo un pequeño contingente de monjes para atender a los colonos y cuidar de la hacienda. Mas todos los planes quedaron desbaratados ante los argumentos del abad de Oseira, fray Marcos del Barrio, precisamente nacido en el corazón de Castilla. Se desistió del traslado, y se inició la reconstrucción del monasterio en el mismo sitio que tuvo siempre con la grandiosidad que hoy todos pueden admirar. Los monjes de Oseira fueron grandes patriotas, por cuanto ayudaron no pocas veces con víveres y fondos a sostener las guerras o también alimentando a los necesitados en tiempos de carestía, hasta llegar su generosidad a oídos de Felipe II, quien envió al abad de Oseira una carta laudatoria. Pudiéramos citar nombres ilustres de abades y monjes que rigieron la abadía, ostentaron cargos importantes en las universidades, o estuvieron al frente de la Congregación de Castilla, pero este no es el lugar.

La invasión napoleónica no dejó sentir en Oseira su peso demoledor, como en otros monasterios -aunque si en alguno de los prioratos que sufrieron saqueos- quizá por su situación alejada de las principales vías de comunicación y por ser difícil el acceso en aquellos tiempos. Debido a ello, buscaron refugio en el monasterio no pocos monjes dispersos de sus casas, así como el general de la Congregación de Castilla y el obispo de Salamanca, fray Gerardo Vázquez, que era monje del Císter.

En 1820 en cambio, cuando el período constitucional, sucedió todo lo contrario: fueron expulsados los monjes y el monasterio quedó a merced de las turbas que lo asaltaron y saquearon por completo. Cuando regresaron en 1823, se encontraron con un caserón desmantelado, carente de puertas, ventanas y mueblaje.

A consecuencia de la desamortización, todos los monjes fueron arrojados de los monasterios, con prohibición expresa de poder volver a reunirse en corporación. En esta ocasión desapareció para siempre la congregación de Castilla, de brillante historial, la rama más culta de toda la orden.

Cerca de un siglo llevó abandonado el monasterio, habiendo llegado los edificios al borde de



Arco de entrada.



El monasterio de Oseira.



Interior de la iglesia.

una ruina inminente. Sin duda hubieran desaparecido para siempre, si Dios no dispone los acontecimientos de manera que encontrara un corazón generoso que se interesara por salvarle. Merece grabarse con letras de oro en la historia de la abadía el nombre de don Florencio Cerviño González, obispo de Orense (1922-1941), quien a poco de tomar posesión de la diócesis y visitar el monasterio, partido de angustia el corazón ante aquel atentado contra el arte y la fe de nuestros mayores, concibió la idea de devolverle a la vida, no parando hasta lograr instalar en él un grupo de monjes cistercienses el 15 de octubre de 1929.



A pesar de que los primeros años fueron muy duros para la pequeña comunidad, por carecer de medios de vida, y verse rodeados de ruinas por todas partes, se mantuvieron fieles al carisma fundacional, soportando tantas contrariedades como les salieron al paso. Poco pudieron hacer por la restauración del edificio, por la falta de medios. No obstante, hasta 1966 no se comenzaron en serio las obras de restauración, seguidas día a día, bajo la dirección de los propios monjes, que las han llevado a cabo con la perfección que todos pueden ver. Tan llamativa ha sido la labor realizada, que la propia Diputación de Orense, que es la que más ha ayudado a la obra restauradora, otorgó en 1990 la Medalla de Oro a los monjes, al par que ella misma se ocupó de presentar al consejo internacional la obra llevada a cabo con el fin de optar al Premio Europa Nostra, que suele conceder ese organismo a los edificios bien restaurados o recuperados. Fue otorgado, en efecto, en el mismo año 1990, habiéndose desplazado desde Madrid para otorgarlo la reina doña Sofía de Grecia.

Al par que la obra restauradora, se ha enriquecido el monasterio con una notable biblioteca y un pequeño archivo, que están prestando señalados servicios a la cultura, volviendo a recuperar el monasterio el distintivo característico de los monjes antiguos, que fueron los mejores transmisores de la cultura.

El arco de acceso está concebido a modo de arco de triunfo clásico. Un gran vano de medio

punto enmarcado por pilastras toscanas, con cornisas y remates moldurados. En el eje sobre el arco un escudo con corona real y lambrequines muy barrocos. Está rematado por tres estatuas de piedra, en el centro a Asunción y a los lados dos ángeles músicos. Es obra probable de fines del siglo XVII.

El arco de acceso a la amplia lonja o compás que se extiende ante las fachadas de la iglesia y monasterio, que forman ángulo recto al sureste del edificio. Es una zona cerrada con otros muros y edificaciones. Adoquinada en el año 1998. A mano izquierda se encuentra el cementerio parroquial y monástico con portada del siglo XIX. A la derecha el edificio de las escuelas, se construyó a partir de 1785 dentro de los gustos neoclásicos, carece de todo adorno a no ser por los marcos acodados de las ventanas y puertas y la cornisa moldurada que remata la fachada y todo el edificio. En una esquina de un lateral hay una grotesca carátula, curiosidad caprichosa en un edificio sin ornamentación.

De 1639 a 1647 se lleva a cabo la obra de la fachada de la iglesia. Sus trazas, piensa el profesor Limia, se pueden atribuir al maestro salmantino Alonso Sardiña. Como responsable de la ejecución material hay que señalar a Miguel Arias da Barreira. La fachada se dispone a modo de telón o pantalla arquitectónica que cubre el frente de la iglesia medieval, compuesta de tres cuerpos verticales, completamente almohadillados. El cuerpo



central con puerta rectangular se enmarca por un doble orden de columnas con nichos avenerados que acogen estatuas de San Benito y San Bernardo. Sobre la puerta, hornacina con estatua de la Asunción entre pilastras estriadas jónicas y frontón curvo. Sobre ello gran ventanal rectangular y a los lados dos escudos, uno de la Congregación de Castilla y otro del Monasterio con orlas de rica labra de sabor aun renacentista. Remata la fachada con un gran frontón curvo partido y en el centro

un edículo coronado con frontón curvo; en el centro lleva un bien labrado escudo de la monarquía hispana, que en 1646 hizo el escultor y arquitecto Francisco de Moure, hijo. Las calles laterales originalmente sin huecos se prolongan verticalmente con las torres, que se componen de dos cuerpos cúbicos decrecientes y remate de pirámide octogonal. Estilísticamente se utiliza el repertorio herreriano, provincializado, rompiendo el rigor y la frialdad clasicista optando por un barroco de perfiles y contrastes acusados que fue siempre bien aceptado en Galicia.

La primitiva Fachada es aceptable conjeturar que mantendría los esquemas de gran sencillez estructural, acusándose la diferencia de altura de las tres naves y la anchura de las mismas. La portada solucionada con varias arquivoltas de medio punto, descansando sobre columnas acodilladas con capiteles que repetirían los modelos que se dan en otras partes del templo. En la parte alta un rosetón con arquivoltas molduradas y tracería mas o menos compleja, culminando la fachada un sencillo piñón con algún remate.

La composición de la fachada del monasterio, resuelta con criterios de simetría tiene como eje la puerta de acceso en el centro, un arco de medio punto comunica con el vestíbulo de la entrada principal. Dos pares de columnas salomónicas, con capiteles foliados, enmarcan dos escenas relacionadas con los grandes padres de la vida monástica San Benito y San Bernardo: la visión navideña de San Bernardo, y la penitencia llevada a cabo por San Benito en la cueva de Subiaco.

Sobre el arco, el escudo de Oseira, dos osos encaramados en un pino, entre dos figuras simbólicas de la vida y de la muerte, unidas por una cadena de piedra, hoy desaparecida, excepto los arranques. Sobre el balcón principal, el escudo de la Casa de Borbón, con corona volada, sobre el cual se abre una hornacina que cobija las imágenes de la Virgen y san Bernardo a sus pies, casi de tamaño natural, en la escena de la lactación. Sobre los maineles de las ocho ventanas, que enmarcan otros tanto balcones sostenidos por ménsulas ornamentadas representando ángeles, figuras grotescas y frutos decorativos, están los

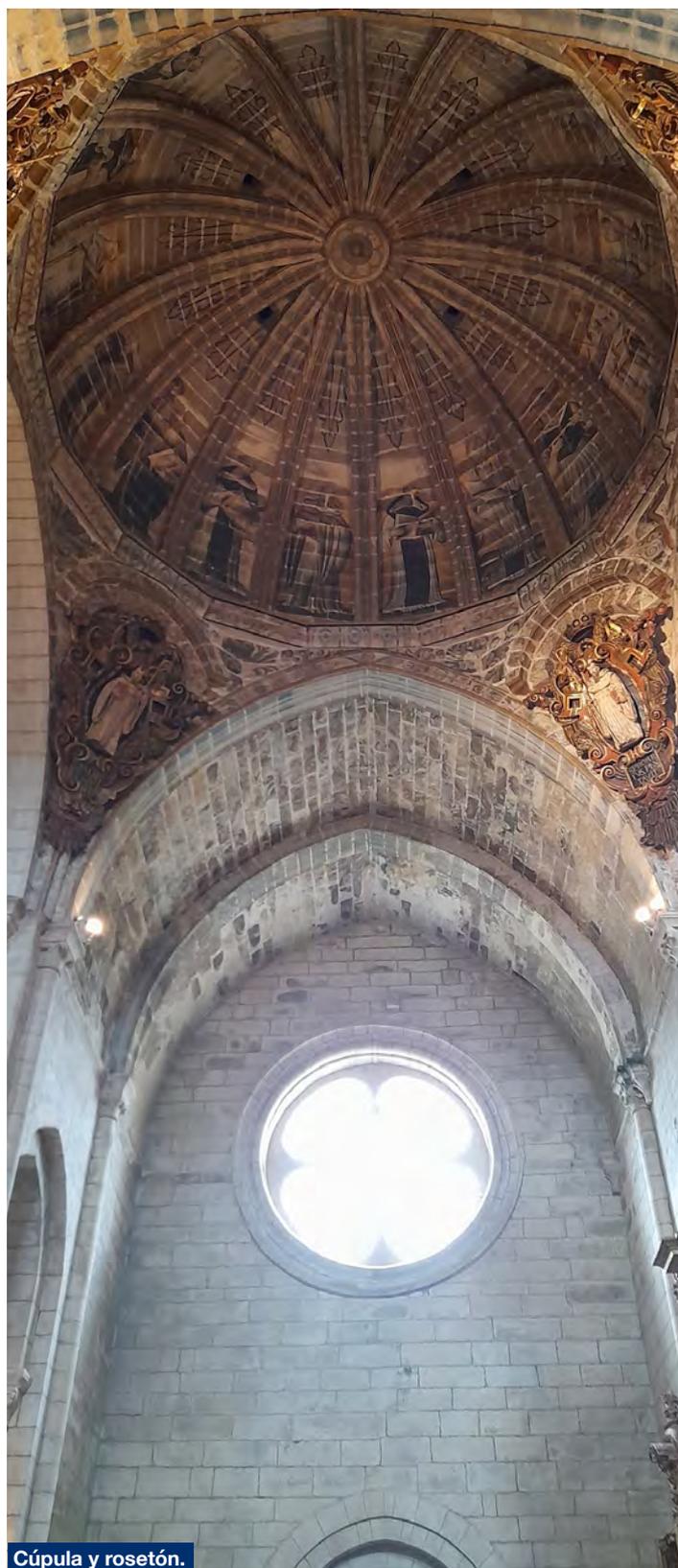
escudos de las órdenes militares españolas y portuguesas de origen cisterciense.

Corona todo el conjunto un artístico frontispicio, sobre el que se yergue la estatua de la Esperanza empuñando un ánclora, en tanto que la barbacana se adorna con pináculos y estatuas pétreas de San Benito, San Roberto, San Alberico y San Esteban. Fue trazada y dirigida en su primera fase por Francisco Castro y Canseco, en los primeros años del siglo XVIII, dentro de un estilo barroco elegante y recargado. La fachada recibirá un cuerpo más siendo abad Fray Hermenegildo Pardo en los años 1775 y 1779, obra del arquitecto benedictino celanovés Fray Plácido Iglesias.

Atravesando el vestíbulo, con bóveda de casetones, de entrada al monasterio, y comunicado mediante una gran puerta de arco de medio punto se encuentra el claustro que se denomina de la Hospedería o de los caballeros, así denominado por estar en él las caballerizas y por ello ser el lugar donde se apeaban todos los que llegaban al monasterio en caballería. Situado tras la fachada principal tiene una cronología larga de 1713 a 1759, y una mesurada composición de arcos de medio punto y ventanas rectas, entre pilastras con rica molduración. Siete arcos, el central más ancho y balcón en el segundo cuerpo, tienen las alas norte y sur, y nueve las otras dos. Se cubren las galerías superiores con techos rasos, en los ángulos escarzanos de cantería refuerzan la estructura arquitectónica.

En este claustro se disponen las caballerizas que conforman una estancia arquitectónicamente interesante con una sobria bóveda de cañón y pesabres de cantería incrustados en el mismo muro. También a este claustro dan tres salas abovedadas con sencilla crucería, con nervios que arrancan directamente de los ángulos y se unen en el centro en una clave circular sin decoración. Son del siglo XIII y los únicos restos que se conservan del monasterio medieval.

Está inmediato a la iglesia y se denomina claustro Reglar o procesional por ser el itinerario de las muchas procesiones de la liturgia monástica y claustro de medallones por los que lo adornan. Inicialmente existió aquí un claustro medieval y



Cúpula y rosetón.

luego otro del siglo XVI, del que proceden los medallones que se aprovecharon como decoración del actual que se comienza hacia 1760 y se hace en el estilo barroco de placas compostelanas que estaban entonces de moda.

Tiene cinco huecos por planta en cada lado, los centrales del piso alto con balcón.



Otra vista del claustro.

Tapiados los arcos a fines del siglo XVIII, para evitar corriente, en el mes de septiembre de 1995 se volvieron abrir, ganando en esbeltez y belleza. Los medallones representan los personajes tanto de la Orden como de la vida civil, héroes de la antigüedad con vestimentas militares y bufones. Denotan una mano hábil que se ha esmerado en lograr un conjunto de escultura muy notable.

En el centro una fuente, copia de la original del siglo XVI actualmente en la Plaza del Hierro de Ourense, la realizó el escultor Nicanor Carballo en 1997.

Las obras de este gran claustro se inician en estas últimas décadas del XVI y no se concluirán hasta 1629. El claustro de los pináculos tiene solo tres alas, la del oriente, la del mediodía y la del norte. Carece del ala del poniente quizá para no privar de luz a la sala capitular. Es el más esbelto de los claustros de Oseira. Las tres alas, muy estrechas y elevadas, se cubren con bóvedas de crucería, que descansan sobre pilastras apoyadas en contrafuertes lisos, sin más decoración que los pináculos en la parte más alta. En 1991 se arregló el patio y se colocó la hermosa fuente, obra del cantero Nicanor Carballo, es copia de la que se supone existió algún día en el mismo sitio, hoy en la alameda del Ourense.

En la esquina suroeste del claustro hay una puerta de medio punto que da paso a diversas de-

pendencias no carentes de interés, casi en su totalidad desconocidas por estar al margen de los recorridos turísticos y pendientes del momento de su restauración, entre ellas podemos advertir posiblemente la antigua portería de la casa, la cárcel, diversos almacenes y sobre todo el antiguo refectorio, con bóvedas de medio cañón conservadas en perfecto estado.

El interior

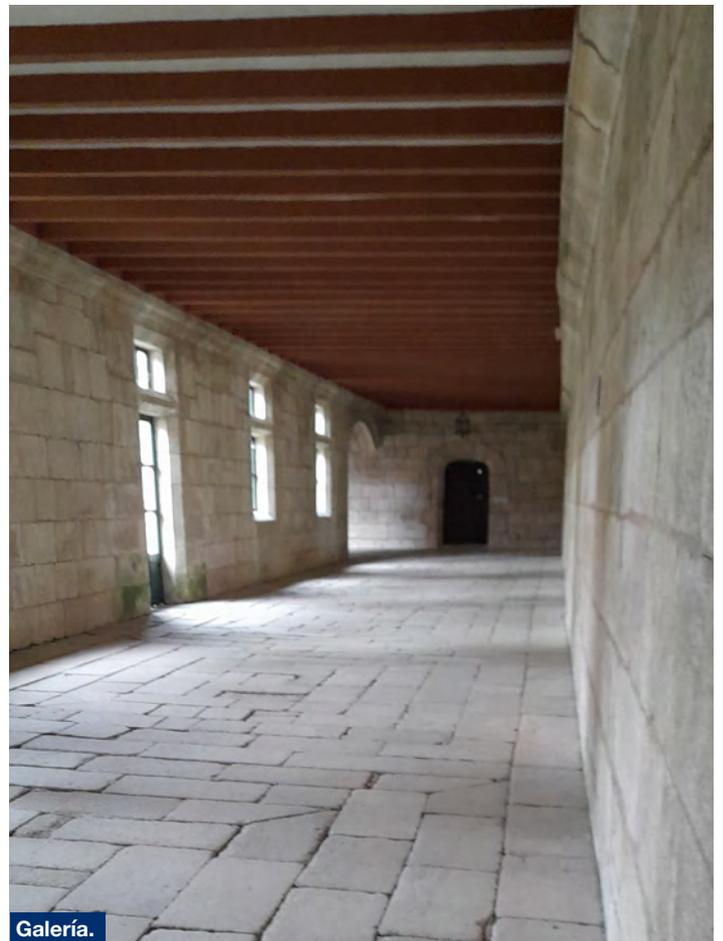
La construcción más destacada de Oseira, de época medieval, es la iglesia, joya de gran valor arquitectónico, ejemplar clave para el estudio del Cister en España.

El profesor Valle Pérez propone como fecha de inicio un año cercano a 1185, en el abadiato de D. García II, siendo la cabecera del templo lo primero obrado. El análisis de la construcción evidencia en lo sustancial una clara unidad en los motivos ornamentales, tipo de capiteles, organización de los soportes...La conclusión de la capilla mayor tendría lugar hacia 1195-1200.

Las obras continúan en los años siguientes actuándose en el crucero que estaría terminado a excepción de la cúpula hacia el año 1200, y en las naves. La actividad constructiva es intensa en las primeras décadas del siglo XIII. La probable fecha de consagración en el año 1239 po-



Altar mayor.



Galería.

dría convenir como la del final de las obras. La arquitectura de este templo es una síntesis entre lo foráneo y lo local, que es un fenómeno muy presente en toda la arquitectura de la Orden.

Tiene forma de cruz latina, con tres naves de siete tramos en el brazo longitudinal y una sola en el crucero, con dos tramos. La central de mayores proporciones en ancho y alto, mientras que las laterales son bajas y sensiblemente estrechas. La cabecera de grandes proporciones en su estado actual supone una alteración respecto a la que sería canónica para el plano inicial, al margen de otras alteraciones sufridas en época barroca. Consta de una capilla mayor semicircular, precedida de dos tramos rectos, en torno a la cual se desarrolla una girola, con siete compartimientos en la zona curva las rectas de dos tramos cada una.

En la girola se abren cinco capillas, que originalmente tendrían planta circular precedida de un tramo recto, solamente en la actualidad conserva esta inicial disposición la situada al sur de la capilla central.

Los capiteles llevan decoración casi todos de hojas lisas con resalte central en su terminación. El de más interés es el situado en el segundo tramo del lado de la epístola representando cuatro cigüeñas de largas y delgadas patas, afrontadas picando un objeto común.

El hemiciclo absidal se cubre con bóveda de crucería compuesta por ocho nervios de sección prismática compuestos de un grueso toro enmarcado por sencillas nacelas, que conforman siete plementos cóncavos.

El brazo longitudinal de la Cruz de la planta tiene tres naves, de notable longitud, de siete tramos cada una, siendo la central sensiblemente más ancha y elevada que las laterales. Se cubre la nave mayor con bóveda de cañón apuntado, ligeramente peraltada con arcos fajones de la misma directriz, simples y de aristas vivas; se apean en columnas embebidas en el núcleo del pilar y en el muro. Las naves laterales muy estrechas, se cubren con bóvedas de cañón apuntado, peraltado. La mayor parte de los capiteles se decoran con motivos vegetales,

cimacios de nacela libre. Reciben luz las naves laterales por medio de ventanas, una por tramo, con arco de medio punto de aristas vivas.

El crucero y la cúpula

El crucero se destaca tanto en planta como en alzado; lo forma una sola nave de brazos de corta dimensión y se cubre con bóveda de cañón apuntado, al igual que las naves. Sobre un crucero se alza la airosa cúpula. Exteriormente es un sencillo cuerpo octogonal, liso y desnudo, sin más decoración que una cornisa con canecillos. En el interior nos encontramos con un polígono de base de dieciséis lados conseguido mediante cuatro grandes trompas, hoy decoradas con relieves barrocos de madera tallada, que tiene a cada lado otras dos pequeñas que se unen a los tramos situados sobre las claves de los arcos torales. La cúpula la forman 16 nervios radiales de perfil rectangular. Atribuyese al monje Fernán Martínez, que figura en la documentación como maestro de obras del monasterio según Peralta; la fecha de su construcción sería el año 1282.

En el testero del lado sur se abre la llamada Puerta de los Muertos, por estar próxima al cementerio monacal. Interiormente es de traza muy sencilla con un arco doblado, ligeramente apuntado y de aristas vivas, se voltean directamente uno sobre las jambas y otro sobre el muro. En este mismo muro, sobre la puerta se abre un gran rosetón de una sola arquivolta de grueso baquetón liso enmarcado por una chambrana con perfil de doble nacela carente de decoración. La tracería es muy simple, un cruz formada por columnas panzudas unidas por la base y conformando una especie de trébol de cuatro hojas.

Preside hoy felizmente la capilla mayor, sobre un sencillo basamento granítico. La imagen de un valor excepcional, por la rareza de este tipo de obras presenta a María sentada, sosteniendo al niño sentado en su regazo con la mano izquierda, mientras con la derecha le ofrece el pecho. Es de piedra policromada. Se

puede datar la preciosa obra ursariense en el siglo XIII

A los pies del templo se dispone el coro alto sobre interesante bóveda con una cronología cercana a 1550. La bóveda, que por su trazado se denomina “bóveda plana”, se resuelve con una técnica de la crucería con las claves decoradas con elementos fitomórficos, y nervaduras que conforman una especie de rítmica y densa red. El frente que mira a la iglesia se remata con una sección moldurada corrida, que se decora con formas vegetales muy frecuentes en el barroco gallego.

Aún después de las reformas que redujeron el impacto barroco en la arquitectura de Oseira, por ejemplo desapareció el baldaquino y varios retablos, así como parte de la decoración pictórica, el coro y el órgano, es evidente que estéticamente sigue haciéndose notar en retablos y pinturas la importancia de este momento artístico.

La nervada cúpula medieval del crucero de la Iglesia, se decora profusamente. En las trompas hay cuatro relieves con santos de cuerpo entero de la Orden, enmarcados en una compleja molduración barroca sobre águila bicéfala: san Roberto de Molesme, san Alberico, San Esteban Harding y san Bernardo. Llevan a sus pies cartelas que los identifican, sirviéndose de un antiguo dicho latino, que remendando a San Pablo, reconoce en ellos a los fundadores del Cister. Fr. Jacinto de Ayala, abad de 1666 a 1668, fue quien mandó colocar estos relieves.

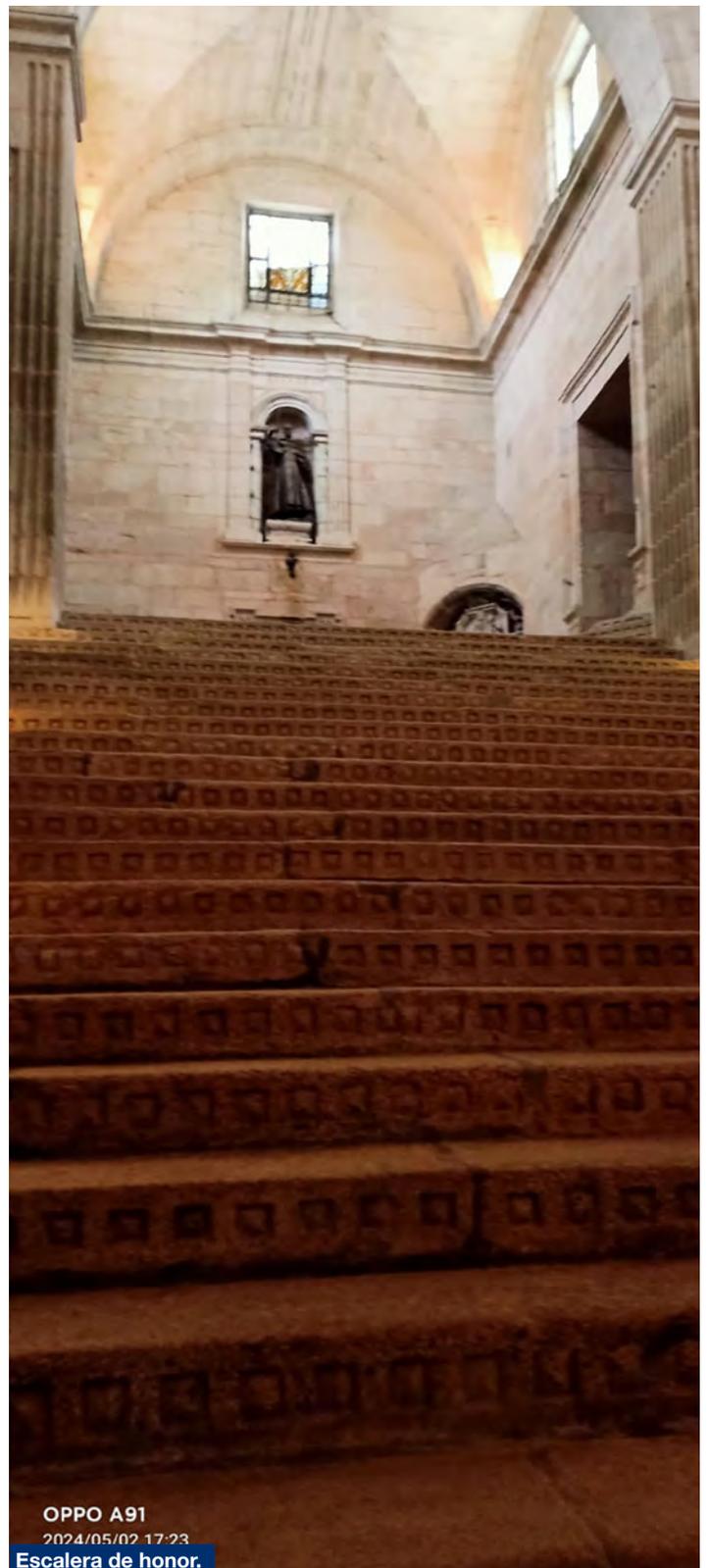
Los gajos de la cúpula se exornan desde el siglo XVIII con representaciones pictóricas de monjes y abades santos o que alcanzaron notabilidad en la orden por haber ascendido al pontificado, que habrá que atribuir como el resto de la decoración pictórica de la Iglesia a Simón Maceira.

Vistosos y conservados “in situ” son los cuatro retablos que se adosan a las columnas y forman arcos de triunfo a la entrada de la girola. El arco que los une remata en un pedestal con una estatua ecuestre en actitud bélica, que es tema muy del barroco, a la derecha san Raimundo de

Fitero, fundador de la Orden militar de Calatrava, haciendo “pendent” existía una de Santiago matamoros y que la humedad destruyó irremisiblemente. Empezando por la izquierda, el primero está dedicado a Santiago, peregrino, en talla delicadísima y encima el relieve representa al Apóstol orante ante la Virgen del Pilar. El segundo está dedicado a san Benito y el relieve representa la escena e la que el santo patriarca desnudo se revuelca entre las zarzas para vencer las tentaciones carnales. En el lado opuesto, el tercero es el dedicado a san Bernardo y a escena guarda paralelismo con el anterior. San Bernardo en un lago de agua helada para vencer idéntica tentación. Finalmente, el último retablo está dedicado a San Famiano, monje de la casa y la escena del relieve lo representa de peregrino, sacando como Moisés agua de una roca en Galese.

Se hicieron siendo Abad, Fray Plácido Morriondo (1753-1756). Se trata artísticamente de una obra de una depurada técnica, dentro de un avanzado barroquismo, que evidencia maestro hábil conocedor de la obra de Simón Rodríguez y otros altos exponentes del barroco compostelano. El anónimo maestro de los retablos del crucero creemos habrá que buscarlo en el ámbito compostelano. Al igual que las finas tallas de los santos, especialmente san Famiano y Santiago, llenos de naturalismo, una acertada actitud de ensimismamiento, y al tiempo de movimiento grácil, que son obras indiscutiblemente atribuidas a las gubias de José Gambino, el gran escultor ya del rococó. El dorado y la excelente policromía la contrató en 1762 el pintor Simón Maceira en 18.000 reales.

Los ábsides románicos, a excepción de uno, fueron alterados en época barroca, convirtiéndolos en capillas que ya en 1782 y años sucesivos se ornamentan con cuidados retablos pétreos. Especialmente el de Nuestra Señora que es de un cuerpo y tres calles con hornacinas aveneradas, rematado con un sobrecuerpo con un óculo y el busto del Padre Eterno y del Espíritu Santo; medallones con los escudos de Oseira y del Cister sobre hornacinas laterales.



Nos parece que estilísticamente se puede atribuir, en cuanto a la traza, a Fray Plácido Iglesias el arquitecto celanovés que se documenta trabajando en Oseira por estos años. Las columnas son lisas y los capiteles corintios.

Los otros retablos son de un solo cuerpo con hornacina central y un remate con óculo y elementos decorativos. También podrían atribuirse

al mismo tracista. Actualmente están dedicados estos retablos, comenzando por la derecha, a santa Catalina de Alejandría, la talla obra de Mateo de Prado, siglo XVII; santa Humbelina, con talla procedente del baldaquino; el central a Nuestra Señora, la imagen titular ha sido cambiada repetidas veces, la actual es una de bastidor, a los dos lados tallas discretas de sata Lutgarda y santa Gertrudis. Le sigue el retablo dedicado a san Miguel, la imagen es de Mateo de Prado hacia 1650, y el de santa Victoria mártir cordobesa, cuya imagen es obra barroca anónima de fines del siglo XVII.

La barroquización del espacio interior del templo llegó a su máxima expresión con la campaña decorativa, que llena con pinturas prácticamente todos los muros de la Iglesia, sin dejar resquicio alguno. La temática es completamente religiosa, completándose con elementos meramente decorativos como son flores, putti, formas geométricas, sartas de frutas. La capilla mayor se pintó en 1694 según recordaba una cartela. En 1762 el pintor Simón Maceira decora el crucero, con un programa denso de representaciones iconográficas, a modo de un retablo en el que se hacen figurar los santos más populares del momento y como es lógico también los de la Orden. El programa iconográfico de las bóvedas coherentemente pensado y abarcando los dos brazos de crucero consta de los siguientes temas: Los evangelistas, los doctores máximos de la Iglesia, temas relacionados con san Bernardo y otros santos de la orden. En el centro de las bóvedas hay tondos con las representaciones alegóricas de virtudes y otros símbolos.

Conserva la Iglesia ursariense otra pintura anterior, que va fechada en 1573. Está bajo el tercer arco a partir del crucero, en el pilar y representa a la Virgen con el niño y san Juanito.

La cabecera sólo conserva su inicial forma de en uno de sus extremos, que reformó el arquitecto Alejandro Ferrant en el año 1932. Las otras capillas conservan parte de la edificación medieval, dos del lado del evangelio, la capilla central no mantiene nada de la construcción precedente. Son de interés las cubriciones de

la girola, una parte con teja común y otra con losas de piedra, imbricadas directamente. La capilla mayor se traduce exteriormente airoosamente. Contrafuertes prismáticos marcan los tramos rectos del presbiterio, la parte semicircular se divide en siete tramos por medio de seis columnas entregas, recogiendo también la fuerza de los nervios de la bóveda; los fustes se componen de tambores que corresponden a sus alturas con las de hiladas de muro. Los capiteles son variados, hojas planas rematadas en bolas, escamas imbricadas y uno con arquillos de herradura.

El crucero se destaca con el macizo cuerpo octogonal central que cobija la cúpula. Tan solo rompe el rigor de la construcción la cornisa, que se apoya en canecillos también muy variados. En el brazo norte se abre la portada del cementerio. Va enmarcada por sendos contrafuertes unidos por un alero montado sobre arquitos, consta de dos arquivoltas ligeramente apuntadas molduradas, sus aristas en baquetón liso y otra moldura con decoración de hojas de acanto.

Las arquivoltas se voltean sobre columnas acodilladas de fustes monolíticos lisos y esbeltos que se apoyan en basas áticas de toro inferior muy aplastado y plintos cúbicos decorados con arquillos de medio punto, todo ellos sobre un zócalo con moldura tórica. Los capiteles reiteran modelos utilizados en otras partes del templo con entrelazo vegetal, hojas nervadas y el más externo de la jamba izquierda lleva dos cuadrúpedos afrontados con cuerpo de león y cabeza humana. El tímpano es monolítico liso con un ligero apuntamiento apoyado en mochetas decoradas con decoración vegetal, similar a la de los capiteles. Sobre ella el rosetón y hastial de este brazo remata en un sencillo piñón en cuyo vértice hay un agnus rematado en una cruz que no corresponde con la obra primitiva.

La construcción de la capilla de san Andrés puede datarse en torno a 1210-1215, estando desde luego terminada en 1239 ya que en esta fecha se consagra junto a la Iglesia Abacial. Se adosa al hastial norte del crucero. Es de una sola



En la escalera de Oseira.

nave dividida en dos tramos de notables dimensiones, se cubre con bóveda de cañón apuntado.

El exterior es de una gran simplicidad. En el lado oeste se abre la puerta de entrada con decoración muy esquemática. Tímpano liso sostenido por mochetas ornamentales en el frente con estilizadas hojas nervadas, capiteles y cimacios reiteran la decoración fitomorfa ejecutada con relativa tosquedad. El destino de esta capilla, como ha probado el Dr. Valle Pérez, fue el servir de lugar de enterramiento de familias nobles como los Vilariño y otros linajes.

Actualmente en la capilla de San Andrés se conserva el yacente de Abad Dom Arias. Nos presenta al personaje con hábitos monacales, portando un libro en la mano izquierda y el báculo de espiral muy cerrada en la derecha. Reposa sobre varios libros. Es obra gótica de los primeros años del siglo XV.

La Escalera de honor se realiza dentro de concepciones herrerianas, en el abadiato de Freía Simón Rojo (1644-1647). Los 24 escalones se decoran en su frente con puntas de diamante que le dan elegancia. Hacia 1727-1730 se reedifica, siendo abad Fray Felipe Bravo. De entonces serán las cinco hornacinas adornadas con pilastras y cornisas dóricas con imágenes

de Santos de la orden, de madera en su color, y de buena factura de estilo barroco.

Preside San Benito, teniendo a su derecha a San Bernardo y al beato Eugenio III, en tanto que a la izquierda aparecen San Esteban Harding y San Martín de Hinojosa, fundador del monasterio de Huerta. Frente al tramo principal de subida, está en el testero la efigie de San Famiano, monje del monasterio, en traje de peregrino. Permanecen anónimas. Una tercera actuación, se documenta los años de 1783-1787, entonces se rehace la bóveda de arista vaída con nervios. Se podría atribuir esta actuación al maestro de Celanova, Fray Plácido Iglesias, al igual que la fuente que está en uno de los ángulos de la zona superior, con el escudo del monasterio y decoración de placas. La escalera se cubre con un gran arco tendido; su bóveda de arista, semejando baquetones góticos, se divide en tres tramos por arcos de medio punto sobre airoas pilastras. La bóveda inferior, del fondo, es falsa y realizada modernamente.

Museo de Piedra

En una larga sala abovedada, quizás destinada a bodega, se han dispuesto cientos de restos pétreos, aparecidos en las obras de restauración

del monasterio, los hay de época medieval, renacentistas y barrocos. Restos de laudas sepulcrales, pináculos y claves de bóveda y una larga serie de cañerías utilizadas por aquel entonces para la conducción de aguas y saneamiento.

En uno de los ángulos del claustro de medallones se abre una puerta tardo renacentista decorada con cabezas de querubines, que permite el acceso a la llamada escalera de los Obispos. Se denomina de los obispos por las imágenes de santos obispos y otros de la orden, que ocupaban las hornacinas aveneradas con decoración renacentista de cabezas angélicas, que se abren en los lunetos en la parte superior. La bóveda es octogonal sobre trompas, que buscan la apariencia avenerada, cubierta con elegante crucería, apean los nervios en ménsulas que se decoran con cabezas de varones. Es del siglo XVI. Los peldaños y pasamanos reconstruidos en el siglo XX.

También del siglo XVI es la estancia inmediata a la portada de la escalera y que se piensa destinar a Museo de diversas obras de escultura que se conservan en el monasterio. Se cubre con una elegante bóveda de crucería con compleja nervatura. Su inicial destino fue servir de paso entre ambos claustros; posteriormente durante algún tiempo sirvió de sala capitular.

De los primeros años del siglo XVI es la puerta que comunica actualmente el paso entre los claustros de los medallones y de los pináculos. Consta de un arco de medio punto al que se sobrepone un arco conopial doblado que remata en un florón o ramillete vegetal como es uso en el arte gótico.

En el plano monástico canónico correspondería esta zona abovedada con el locutorio, en el paso de comunicación entre el claustro regular y el de los pináculos. La sencillez de su traza de sus ocho nervios, que se unen en una clave central circular carente de decoración, y su ubicación, nos invitan a situar su construcción en el siglo XVI. La curiosidad de la misma está en haber sido utilizadas para su plementería laudas sepulcrales de los siglos XIV y XV, con escudos

e inscripciones de nobles que se sepultaron en el monasterio.

En el entorno de este claustro, se abren diversas estancias que responden a modos constructivos similares a los descritos aunque con una mayor sencillez: es decir, bóveda de crucería con claves sencillamente exornadas, descansando los haces de nervios que las forma sobre las ménsulas.

El llamado archivo bajo se realiza hacia 1598. La sala contigua se relaciona con el Abad commendatario Ochoa de Espinosa, asesinado a "estadullazos" en el pueblo de Infesta en el siglo XVI.

En el trienio del abad Antonio Fernández (1569-1572) se realizó la puerta que comunica el claustro regular con la iglesia. De arco de medio punto, lleva su entablamento coronado por un relieve en forma de frontón que representa al Padre Eterno entre las figuras simbólicas de la Fortaleza y la Justicia. En las enjutas hay dos abultados círculos gallonados. Responde a un estilo renacentista muy difundido en estas décadas. Se podría adscribir esta obra al maestro Bartolomé de la Torre que se documenta trabajando para Oseira desde 1571 a 1592.

En la Puerta de la sacristía del siglo XVIII, pervive en ella un clasicismo ecléctico, utilizando el orden jónico, muy raro en la arquitectura gallega. Las pilastras son estriadas, entablamento decorado con tres ménsulas y dos florones de rica talla. El frontón triangular, con denticulado interior, decora su tímpano con un tondo con las armas del Cister pintadas entre dos triángulos resaltados. En las esquinas lleva acrotera rematada en bola, solución que posiblemente también tenía el vértice.

La sacristía antigua, del primer tercio del siglo XVI, se cubre con bóveda de crucería, bastante rebajada, cuyos nervios parten de ménsulas situadas a media altura, las del muro contiguo a la sala capitular están rozadas, probablemente para ubicar en este espacio algún armario para la abundancia de ornamentos que tuvo la casa. Las claves están ricamente decoradas y policromadas con escudos de la Orden, de los reinos



Sala Capitular.

de Castilla y León, formas geométricas y estrelladas. En uno de sus extremos se conserva un armario de artísticas puertas con labores geométricas y policromadas, que debió ser el relicario. En esta sacristía hay una portada clasicista con columnas estriadas que rematan en capiteles que llevan en su frente una cabeza de angelote, entablamento con frontón triangular en cuyo tímpano se abre una venera, rematan el ángulo y los extremos una carátula y dos candelabros. Es obra del siglo XVI avanzado.

Muy importante vistosa es la antigua Sala Capitular, a la que se accede desde la estancia anterior a por una moldurada puerta con orejas típica del barroco del siglo XVIII. La planta y disposición de esta singular sala, construida con probabilidad en las últimas décadas del siglo XV o primeras del XVI, son las mismas que tenían las salas capitulares de los monasterios cistercienses medievales, es decir una planta cuadrada dividida en nueve compartimentos por medio de cuatro columnas centrales. La originalidad se da, sobre todo en las columnas y bóvedas. Las columnas torsionadas y estriadas de molduras retorcidas, decoradas con flores cuadrifolias, se asientan sobre basas cilíndricas lisas y apean las bóvedas directamente sobre el fuste, sin capitel. De los muros parten los nervios de ménsulas situadas a media altura, unas con sencillas molduras otras con decoración ca-

prichosa de arquitos. Las bóvedas son de crucería de nervios curvos y con abundantes nervaduras que confluyen en claves con decoración en relieve, policromada con ramajes y caricaturescos rostros con intención meramente decorativa. Es clara la relación de esta arquitectura con tan marcada voluntad decorativa, con el estilo manuelino portugués.

Lo muros se articulan en los restantes muros con arcosolios de medio punto que acogieron retablos con tableros en relieve, tal como relata Peralta; abundantes cajonerías y grandes espejos conformaron la decoración suntuosa de esta sacristía desde que en el año 1642 el abad Simón Rojo dio este destino a la antigua sala capitular.

En el plano ideal del monasterio cisterciense figura siempre una escalera que comunica directamente la iglesia con el dormitorio para facilitar el acceso de los monjes en las horas nocturnas. En el siglo XVI se rehace la de Oseira. Concretamente consta en el Tumbo que se hizo en el trienio de 1572-1575. De caja relativamente estrecha, tiene como novedad la decoración de los peldaños en punta de diamante que luego se repetirá en la escalera principal. La cubrición es, en lo que corresponde al espacio de los peldaños, con bóveda de casetones y en la parte superior con un pequeño cimborrio o lucernario cubierto con elegante bóveda de cru-



cería. Una vez en la planta alta nos encontramos con el patio de los pináculos.

La sala capitular alta se hace entre 1767 y 1771, obra debida al Maestro de Celanova que puede identificarse con Fray Plácido Iglesias. Es una gran sala, cuya única grandeza son sus proporciones. Se cubre con un techo raso y se decora con sencilla moldura. Preside un gran Cristo de talla moderna firmado por R. Nogueira D. La Coruña 15.8.1952.

El ala del claustro de los pináculos que mira al lado Este hubo de reedificarse en el siglo XVII al sufrir como cuanta Peralta, una notable ruina en el abadiato de Fray Bartolomé López (1695-1662), dedicándolo a dormitorio, dentro de un estilo constructivo muy sencillo, pero armonioso, que impresiona por la mole de la fachada y las ménsulas voladas que sostienen los balcones. En el extremo sur de este ala se encuentra un Torreón que ha sido reconstruido tras el derrumbamiento que sufrió el 9 de enero de 1932. Hoy acoge una pequeña capilla para los huéspedes.

Esta zona es hoy la hospedería monástica, con cómodas y modernas celdas para los huéspedes y personas que buscan en Oseira el silencio y el retiro.

Biblioteca

En el extremo noroeste, en 1766 se construye un gran salón cubierto con tres tramos de bóveda de arista sobre ménsulas, que recibe iluminación mediante grandes ventanales rectan-

gulares con marco pétreo moldurado dentro de los usos barrocos regionales, con amplio derrame interior, y que se destinará a Biblioteca a la que se accede por una puerta rematada con pequeño frontón en el que se lee la fecha 1766. Esta portada ha sido en tiempos bastantes cercanos, privada de un simbolismo de mayor interés, el perfil representaba el de una lechuza o búho, que es el símbolo de la sabiduría, concepto que tanto conviene a una biblioteca.

El rico mueble barroco-rococó, completado modernamente ya que tras la desamortización desapareció una buena parte, se realizó en tiempos de Fray Tadeo Lueña (1771-1775). El libro de obra nos da los nombres de los dos maestros que la realizaron y que fueron José Rodríguez Ledo y Santiago García entonces vecinos de la feligresía del monasterio. Además de escudos y pináculos en los remates tiene labrados diversos temas como la Lactación de san Bernardo, y en las puertas de los extremos grandes proporcionados relieves representando al Salvador y a Nuestra Señora. Los fondos bibliográficos, todos adquiridos en tiempos recientes, conforman una rica colección que alcanza ya los 30.000 volúmenes de una amplia temática.

Refectorio

De nuevo en el ámbito del claustro reglar o de los medallones, en la parte alta, nos encontramos con el refectorio monástico encuadrable dentro de la misma estética renacentista que no abandona soluciones aun góticas como son las bóvedas de crucería. Se construye hacia 1572. De planta rectangular, paredes lisas y vanos de medio punto, se cubre con tres tramos de bóveda de crucería, con claves decoradas con gajos y cuyos nervios parten de ménsulas con el mismo tipo de decoración. Esta es una de las estancias arruinadas tras la desamortización y reconstruidas inteligentemente por el P. Juan María, en 1978, que aprovechó y recuperó nervios y claves sustituyendo la pétreo plementería por otra de material conglomerado. En el muro derecho, en el segundo tramo se abre el hueco



Comedor.

de un púlpito para la lectura durante las comidas. La base del mismo se decora con interesantes motivos renacentistas. Preside esta sala un Cristo del siglo XVI que llegó muy deteriorado, y la cabeza la hizo nuevamente así como las extremidades, inspirándose en el Cristo de la Vega de Toledo, el escultor-restaurador Luciano Fernández, de Toledo en el año 1987.

A través de una puerta se comunica con la cocina, que ya estaba aquí en el siglo XVI aunque tal como hoy se conoce es fruto de una reforma y ampliación que se hace en el siglo XVIII. El resultado que hoy pervive es un gran espacio formado por dos grandes salones gemelos cubiertos por una bóveda de medio cañón, sepa-

rados por un muro con tres arcos. El primer compartimento estaba destinado a obrador y fregadero, con agua abundante, sirviendo hoy de refectorio de la comunidad. En él se ven, en uno de sus muros, las señales de las arcaturas que denotan actuaciones sobre edificaciones anteriores; el segundo es la cocina propiamente dicha, con su chimenea monumental, cuya campana apoya por un lado en los muros divisorio de los dos locales, y por otro en dos columnas octogonales.

Al terminar la vista, impresionados por lo visto y oído, viajamos a Orense, para pasar la última noche de nuestro viaje.